

La condición científica del psicoanálisis

Antonio SÁNCHEZ-BARRANCO
Universidad de Sevilla

Resumen

El psicoanálisis, tanto en sus aspectos teóricos como técnicos, ha sido sometido a múltiples críticas y objeciones particularmente desde el bastión positivista. Hoy esto no parece razonable dado que no es en el campo empírico-experimental donde el psicoanálisis alcanza su adecuada justificación epistemológica, sino en el histórico-hermenéutico. Bajo esta perspectiva tratamos de discutir y argumentar la condición científica del psicoanálisis.

Palabras clave: Ciencia, epistemología, psicoanálisis, positivismo, histórico, hermenéutico.

Abstract

Psychoanalysis has been submitted to many criticisms and objections, both in its theoretical and technical aspects mainly from positivist positions. At the present moment, this doesn't seem reasonable since it is in the historical-hermeneutic field, and not in the empirist-experimental where psychoanalysis attains its epistemological justification. Scientific status of psychoanalysis is discussed from this point of view.

Key words: Science, epistemology, psychoanalysis, historical, positivist, hermeneutic.

Planteamiento de la cuestión

La doble cara del psicoanálisis, la estrictamente teórica y la específicamente técnica, le concede unas características peculiares que dificulta su consideración epistemológica. Al respecto, es muy común oponer ambas facetas (Laplanche,

1967), aceptando algunos que ciertos elementos de su cuerpo teórico pueden y deben ser incluidos en el campo de las ciencias de la conducta, a la par que le niegan su valor como tecnología. Frente a los que así opinan, están los que mantienen que el psicoanálisis sólo posee un interés práctico, en tanto forma de psicoterapia, y,

si acaso, merece una cierta consideración como integrante de la cultura occidental, pero de ninguna forma puede ser estimado como una genuina ciencia. Nosotros entendemos, por el contrario, que el psicoanálisis, en todo su contenido, ha de ser encuadrado dentro de los saberes científicos, aunque ciertamente al margen del empirismo-experimentalismo, ya que su lugar está entre las ciencias histórico-hermenéuticas, a las que no hay razón para negar el pan y la sal de la cientificidad por el simple hecho de que no se atengan al marco fisicalista, o, si se quiere, experimentalista. Ello es particularmente cierto, como mantiene Moreno-Mitjana (1992), desde que tuvo lugar la crisis del positivismo y el derrumbe de sus supuestos básicos, junto con el surgimiento de nuevas alternativas en el ámbito de la filosofía de la ciencia, todo lo que supuso el reconocimiento de la relatividad del llamado conocimiento científico, ya que no hay formulación uniforme del mismo, habiendo autores que admiten que no obedece a una demarcación ontológica, sino que se trata más bien del fruto de un consenso o negociación.

El interés por bucear en los fundamentos epistemológicos del psicoanálisis viene ocupando a muchos en los últimos años, destacando al respecto en nuestro país autores como Caparrós (1979, 1984), Chacón (1992a, 1992b), Gutiérrez Terrazas (1988), Coderch (1988), Cruz Roche (1991), Sánchez Sánchez (1991), Poch, Talarn y otros (1991) y nosotros mismos (Sánchez-Barranco, 1986a, 1986b, 1988, 1991a, 1991b, 1991c). En tal sentido, se ha afirmado que el psicoanálisis es por un lado un saber tecnológico, operativo, útil y eficaz, que tiene claras pretensiones de fundamentación y de racionalidad cien-

tíficas (Caparrós, 1984); y, en tanto sistema teórico, aun con su particular estatus, conforma un conocimiento científico, transmisible y enseñable (Chacón, 1992a, 1992b). Ahora bien, como argumenta Caparrós (1984), las claves que validan al psicoanálisis como técnica terapéutica no están en el valor de sus constructos teóricos, sino en que cure con eficacia, rapidez y economía, ateniéndose a un criterio de orden tecnológico, que es de naturaleza distinta que el empleado en la ciencia teórica, debiéndose tener muy claro que aquél no justifica necesariamente el correspondiente saber teórico, el cual ha de buscar su fundamentación por otras vías, aunque el hecho del componente práctico del mismo pueda tenerse en cuenta de alguna forma a la hora de plantearse tal objetivo.

Pero el psicoanálisis no es sólo una tecnología, aunque muchas de las raíces de sus constructos teóricos procedan de estudios y observaciones clínicas. Incluso contando con ello, esto en absoluto implica, como en ocasiones se ha sostenido desde posiciones idiográficas e historicistas, que sea un tipo de saber sin otra pretensión que aliviar o curar un caso particular (Caparrós, 1979), ya que el psicoanálisis está comprometido, además de en la cura de diversos trastornos psicopatológicos, en la investigación científica, proporcionando datos con los que obtener generalizaciones y explicaciones (es decir, teorías), que vayan más allá de las meras reglas y normas que enmarcan su técnica.

Hay que destacar, así mismo, que desde el comienzo del desarrollo del psicoanálisis práctica y teoría fueron inextricablemente unidas, lo que hoy se ve como una postura epistemológica que se adelantó a los tiempos: esto es la cara de la moneda. Pero

también hay una cruz: el éxito tecnológico fue utilizado como una prueba científica de los supuestos teóricos; los contextos de descubrimiento se consideraron como justificantes de lo descubierto; y los problemas de naturaleza filosófica se presentaron como susceptibles de soluciones científicas. Esto sugiere la hipótesis de que algunas de las debilidades epistemológicas del psicoanálisis pudieran obedecer, en última instancia, a una insuficiente y confusa toma de conciencia operativa y práxica de las diferencias entre investigación y actividad técnico-práctica, investigación y discurso científico, investigación y discurso filosófico, investigación y discurso tecnológico (Caparrós, 1984). En efecto, Freud creyó que el tema de la cientificidad del psicoanálisis se zanjaba atendiendo exclusivamente a los obstáculos que se oponían a la cura (aspecto puramente tecnológico), en vez de plantearse cuestiones más hondas, como las de cómo y por qué se originaba la misma, o la de poner a prueba en el campo clínico sus conjeturas, para confirmarlas o refutarlas. Para Freud estaba claro, dado el espíritu de su tiempo, que lo que funcionaba en el terreno práctico implicaba necesariamente una verdad teórica, un saber científico. De aquí su seguridad cuando afirmaba que cientos de casos clínicos avalaban la consistencia científica del psicoanálisis, despreciando paralelamente todo tipo de investigación de naturaleza estadística o experimental. Por esta vía, sin embargo, al principio tan gratificante por los aparentes éxitos terapéuticos, Freud (1937) entró finalmente, cuando llegaron los inevitables fracasos, en un callejón sin salida, lo que, paradójicamente, le condujo a un pesimismo respecto a la naturaleza humana y no a una reconstrucción de su sistema teórico-técnico, hablando de la

necesidad de un análisis interminable y no de cambios en tal sistema.

Si bien el asunto de la diferenciación entre ciencia propiamente dicha y tecnología, en cualquiera de sus matices, sigue sin resolverse en la epistemología actual, hoy parece comúnmente aceptado entre nosotros que la práctica psicológica, sea cual fuere, suele estar más interesada en la resolución de problemas de un determinado dominio que en alcanzar un estricto conocimiento científico (Caparrós, 1982). Ciertamente, lo que más preocupa en la tecnología es optimizar, o al menos mejorar, dentro de un determinado marco ético, los logros profesionales; esto es, aumentar la eficiencia, efectividad y eficacia, de modo que el interés por los modelos o teorías sólo se da en tanto se muestren útiles para la prescripción de las reglas que han de guiar la práctica. Ahora bien, dado que una praxis designa una acción concertada por el hombre que le da la posibilidad de tratar lo real mediante lo simbólico (Lacan, 1964), aquélla debe procurar alcanzar, en último término, un validado sostén teórico, gracias al cual poder ir más allá de lo que proporciona la mera regulación racional del proceder aplicado.

Los compromisos epistemológicos referidos se evidencian en algunos de los actuales miembros del paradigma psicoanalítico, aun siendo conscientes de la enorme dificultad que representa el hacer en él separaciones en el continuo formado por práctica-técnica-teoría tecnológica-teoría científica, con la necesidad de tener que efectuar desplazamientos de un lado a otro a la hora de cuestionarse el estatus científico del psicoanálisis. Contando con ello, lo que nos parece claro es que el asunto de la cientificidad del psicoanálisis no se re-

suelve desde perspectivas positivistas o empiristas o desde el racionalismo crítico, pues ello supone ponerse de espaldas a su naturaleza y a su método de trabajo. Y tales posicionamientos son los que han mantenido la mayoría de los críticos que han afirmado que el psicoanálisis es una pseudociencia. Así, desde la lógica positivista y desde perspectivas empiristas, Eysenck, Skinner, Nagel, Bunge y otros han afirmado repetidamente que el psicoanálisis está al margen de la ciencia, de igual manera que mantuvo Popper partiendo del racionalismo crítico. Sin embargo, incluso considerando que el psicoanálisis posea una serie de datos, conceptos, conjeturas y principios sometibles a confirmaciones empíricas y refutaciones popperianas, no es por estos caminos epistemológicos por los que hay necesariamente que transitar para considerar un saber como científico, sino que también hay otros accesos, tal como se viene insistiendo desde la década de los sesenta por parte de Ricoeur, Habermas, Mannoni, Lorenzer, Castilla y nosotros mismos, dada la naturaleza y el método del psicoanálisis. Así, Habermas (1969) considera al psicoanálisis como una ciencia explícitamente hermenéutica que pretende comprender conjuntos de significados: el psicoanalista, dice, trata de interpretar las estructuras más o menos simbólicas que desorientan al sujeto sobre su propia realidad, promoviendo las adecuadas interpretaciones un proceso de autorreflexión en el analizado, lo que conduce a la liberación de las pulsiones enquistadas en el inconsciente. Ricoeur (1965) subraya que las disciplinas psicológicas experimentales versan sobre hechos que emanan de la observación

directa de la conducta manifiesta, mientras que la esencia del psicoanálisis es de carácter exegético, desenvolviendo su genuino trabajo en la búsqueda de relaciones de sentido entre los objetos sustituidos y los objetos originarios (y perdidos) de la pulsión: el psicoanalista está más interesado en la semántica del deseo pulsional que en los hechos conductuales derivados y manifiestos, aunque éstos le sirvan para tener acceso a los significados. Mannoni (1971) compara la labor psicoanalítica con la reconstrucción de un texto perdido, cuya forma original debe inferirse de un texto alterado, censurado y falsificado. Castilla del Pino (1977) manifiesta que, para el estudio de la conducta, el psicoanálisis se sirve ante todo de la interpretación (modelo hermenéutico), pasando a segundo plano la descripción y catalogación de los datos (modelo taxonomónico) que hayan de ser objeto posterior de contrastación y producción intelectual. Lorenzer (1970) indica que la comprensión psicoanalítica trabaja sin el reaseguramiento jaspersiano de los datos objetivos, liberándose expresamente de toda porción de empiria contingente, con lo cual también se emancipa de la coerción a buscar la validación inevitablemente ligada a ella, que además impediría el desenvolvimiento de la comprensión, convirtiéndola en auxiliar de una operación típicamente explicativa. La realidad que persigue el psicoanalista es la de los símbolos del paciente, con la constante meta de comprobar que es la realidad de «ese» paciente.

Todo ello, así como el sostén histórico del psicoanálisis, ha sido elaborado y justificado en algunos de nuestros trabajos, resaltando, por otro lado, que el acer-

camiento del psicoanálisis a las disciplinas fácticas pasa justamente por la consideración de los eventos históricos que acontecieron en la vida del sujeto, hechos que sin duda interesan al psicoanalista, habida cuenta el papel que juegan en la determinación de los conflictos intrapsíquicos. Pero el psicoanalista enfoca estos datos con preocupaciones hermenéuticas, tratando de ir más allá de la reconstrucción histórica, teniendo en cuenta no sólo los hechos experimentados objetivamente, sino sobre todo los vividos en la fantasía, campo desde el que se determinan los deseos pulsionales y cuajan los conflictos intrapsíquicos de mayor significación.

La metodología más adecuada para alcanzar tales objetivos es la técnica psicoanalítica, resultando inoperantes otros tipos de accesos. Y tal técnica posee ingredientes teóricos suficientemente consistentes y justificados, que vienen dados no sólo por el establecimiento de una serie de reglas, instrumentos, procesos que pone en marcha, contenidos que éstos implican y objetivos cercanos y lejanos que se persiguen, sino también, en un plano superior, por un rico cuerpo teórico sobre la conducta humana.

La condición científica del psicoanálisis: discusión general

Tanto los componentes teóricos como los técnicos del psicoanálisis han sido sometidos a unas críticas y objeciones muy duras: filósofos de la ciencia, lógicos, semánticos, filósofos del lenguaje y psicólogos de diversas orientaciones doctrinales han efectuado un exhaustivo trabajo de purga sobre los conceptos, hipótesis, leyes, explicaciones, comprensiones, predicciones y postdicciones

del psicoanálisis, para concluir en muchos casos que la mayor parte de ellos no satisfacen las condiciones científicas mínimas (Bunge, 1969, 1980, 1985a, 1985b; Cioffi, 1970; Eschenröder, 1984; Eysenck, 1952, 1953, 1988; Eysenck y Wilson, 1973; Levenson, 1972; Nagel, 1959; Peterfreund, 1975; Peterfreund y Schwartz, 1971; Popper, 1935, 1963, 1982; Skinner, 1956; Van Rillaer, 1980).

Desde la comunidad psicoanalítica se ha respondido de cuatro formas generales a las variadas críticas y objeciones: a) colocándose despectivamente de espaldas a todas ellas y estimando suficientes los propios criterios de validación, en base a la autoridad, al éxito práctico, a la coherencia y racionalidad de la teoría, a la contrastación clínica y otros argumentos más o menos semejantes; b) atacando a los objetores con el argumento *ad hominem* según el cual la validez de los constructos queda confirmada por la conducta de rechazo de tales sujetos, pues ella no es sino una muestra de resistencia neurótica, expresiva de la realidad del componente teórico psicoanalítico en cuestión, que se procura destruir porque lesiona de alguna forma al propio narcisismo; c) procurando ciertas reformulaciones del cuerpo teórico-técnico psicoanalítico, para intentar transformarlo en un sistema adaptable al campo empírico, aun a costa de abandonar los elementos más significativos del mismo, como ciertos componentes de su metapsicología, etc.; y, d) buscando el sedimento epistemológico del psicoanálisis al margen de las ciencias empírico-experimentales (y, por supuesto, formales), como es el caso de su justificación en el terreno histórico y en el hermenéutico, a la par que se insiste en

que el valor apofántico de los conocimientos científicos ha de apoyarse en criterios organizados en y desde el propio sistema, dada la inconmensurabilidad de las diversas teorías entre sí (Feyerabend, 1962; 1975).

Como al respecto afirma Feyerabend (1981), la insistencia de los positivistas en lo fáctico, como criterio que permite delimitar, cuantificar, etc., no es algo que pueda imponerse como precondition científica, pues la base evidencial, la adecuación a lo fáctico, la coherencia entre lo observacional y lo teórico, se produce por la propia investigación y no es algo previo a ella.

Aunque lo dicho pudiera ser suficiente para no entrar en una discusión en torno a las devastadoras críticas contra el psicoanálisis, parece conveniente enfrentarse a ellas. En tal compromiso, lo primero a manifestar es que, aun admitiendo las indudables limitaciones de la teoría y de la técnica psicoanalíticas (tales como la franca dificultad para cuantificar y contrastar fácticamente sus constructos, el carácter probabilístico de sus predicciones y postdicciones, las relativas faltas de control de su método de investigación e incluso lo complejo y discutible que resulta la verificación de su valor terapéutico con los instrumentos experimentales al uso), todo ello no tiene porque llevar necesariamente a la conclusión de que el psicoanálisis es un mito, un dogma o una pseudociencia, sino más bien que se trata de una ciencia en formación, que pertenece a una categoría ajena a las ciencias empírico-experimentales, debiéndose plantear su condición científica con criterios epistemológicos que emanan desde la perspectiva histórico-hermenéutica, como antes he-

mos dicho. Desde luego esto no evita que tengan que cumplirse las condiciones mínimas de científicidad en sus conceptos, hipótesis, método, etc.

Pues bien, siguiendo las directrices marcadas por Kolteniuk (1976), al respecto podemos afirmar que, a nivel de los conceptos, las tradicionales objeciones que califican estos componentes de la teoría psicoanalítica como vagos, ambiguos, metafísicos, carentes de precisión semántica y sin reglas adecuadas de correspondencia, puede contraargumentarse diciendo que cuando los conceptos psicoanalíticos son manejados fuera de su genuino contexto clínico o por parte de los que desconocen su teoría y su técnica, pueden poseer los rasgos negativos señalados, pero si son usados por expertos y dentro del encuadre adecuado, alcanzan características correctas, particularmente un concreto significado intensional y extensional, siendo posible su validación incluso enfrentándolos a muy diversos aspectos de la conducta objetiva. Hay que recordar aquí que el psicoanálisis prohíbe la utilización de sus constructos teóricos fuera del encuadre restrictivo que su técnica define, que es donde exclusivamente pueden ser registrados, criticados y validados. Tal limitación no tiene nada de científica, pues cada sistema teórico posee el derecho de definir su terreno de evaluación y sus instrumentos de trabajo, siempre que ello se atenga a una posibilidad de replicación, lo cual, incluso contando con la irrepetibilidad de los fenómenos psíquicos y las peculiaridades del método psicoanalítico, es factible. Y de hecho así acontece cuando un psicoanalista se plantea comprobar por sí mismo la realidad de una determinada construcción

teórica, concreta por él o por cualquier otro autor.

La utilización en el psicoanálisis de un lenguaje impreciso, con la consiguiente vaguedad conceptual, es algo en lo que también se ha hecho hincapié. Sin embargo, la terminología psicoanalítica «se caracteriza por su especificidad y, a la vez, por su naturaleza prestataria, 'derivada'. Cada uno de los términos psi-coanalíticos tiene una acepción original, ligada en forma parecida al cuerpo de la doctrina. Pero al mismo tiempo, y aun cuando algunos de ellos adoptan la apariencia de neologismos, es posible localizar sin dificultad su origen a partir de dominios relativamente conexos, entre los cuales la psicología está lejos de ser la fuente privilegiada...» (Laplanche, 1970, pág. 82). Ahora bien, lo que es indudable es que cada concepto alcanza su significado más preciso en el contexto clínico que supone el particular encuentro terapéutico, debiéndose contar con la serie de determinantes que entran en juego; en tales circunstancias, el sentido primario, fundamental, propio o independiente del contexto pasa a tener un significado secundario o figurado.

En lo que toca a las hipótesis, dado que éstas son fruto de la articulación de diversos conceptos, el estatus científico de las mismas estará en íntima dependencia del que sea propio de los conceptos implicados. Y, tal como antes se ha razonado, no hay porqué negar de antemano calidad científica a los mismos. Por otro lado, el valor apofántico de las hipótesis estará en función de las oportunas reglas de correspondencia entre los mismos y los eventos que acoge, así como de la estrategia inductiva o deductiva que el psicoanalista tome como punto de partida, según las posibilidades que se den y los

objetivos que se persigan. Los críticos del psicoanálisis, sin embargo, insisten una y otra vez en la debilidad de sus hipótesis, llamando la atención sobre su presunto escaso poder informativo, su aparente «doble vida», su imposibilidad de verificación experimental e incluso su irrefutabilidad, ya que los psicoanalistas agregan, cuando les conviene, dicen, redefiniciones y nuevas hipótesis *ad hoc*, lo que conduce a una argumentación tautológica. En cuanto al tema de la irrefutabilidad, naturalmente que el psicoanálisis posee un núcleo protegido de la refutación, como cualquier sistema teórico: en efecto, la heurística negativa de un programa de investigación conlleva la estipulación explícita de que no pueden rechazarse o modificarse determinados supuestos básicos que componen el núcleo central del programa. Este núcleo está resguardado de la falsación por medio de un cinturón protector de condiciones iniciales, conceptos, hipótesis auxiliares, etc., tornándose irrefutable por la decisión metodológica de sus protagonistas (Lakatos, 1974). Pero esto no implica que otros muchos contenidos y hallazgos puedan, y de hecho así ha sido, ser sometidos a la falsación.

En todo caso, si se admite nuestra reflexión sobre el cuerpo conceptual psicoanalítico, y dado que las conjeturas proceden en última instancia de él, lo que ha de esclarecerse es la presunta calidad de tales hipótesis y no su construcción propiamente dicha: en tal sentido, hay que enfrentarse a la productividad de los programas de investigación que derivan de las hipótesis psicoanalíticas y al grado de explicación y comprensión de la conducta humana que proporcionan. Un análisis objetivo de todo ello, incluso admitiendo la difícil-

tad de contrastación del cuerpo legal psicoanalítico y la frecuente necesidad de asentarse en retrodicciones más que en genuinas predicciones, además de dejar de lado los tradicionales y respetables diseños experimentales, dada la naturaleza histórico-hermenéutica de su trabajo, nos lleva a un resultado satisfactorio: en el campo clínico, por ejemplo, ha sido posible verificar y refutar muchas hipótesis psicoanalíticas, así como replicar muchos hallazgos establecidos, con apoyo en los abundantísimos programas de investigación que, en el fondo, suponen todos los encuentros clínicos psicoanalíticos. Lo que también es evidente es que el psicoanálisis, como todo conocimiento científico, no es un cuerpo dogmático eterno e inmutable, sino que posee toda la provisionalidad deseable, capaz de propiciar su progreso, como de hecho los seguidores de Freud vienen mostrando.

El cuerpo legal psicoanalítico, pues, no es un mero agregado de interesantes intuiciones, sino un conjunto de conceptos y principios explicativos y comprensivos sobre la conducta humana, con pretensiones predictivas (quizás, mejor, pronósticas) y postdictivas o retrodictivas, así como de control de los hechos que acoge: es en la metapsicología freudiana (y sus modificaciones y perfeccionamientos posteriores) donde todo ello puede alcanzar sus metas. Con esta base, el psicoanálisis se constituye como una psicología general, una psicología del desarrollo, una psicología de la personalidad, una psicología social, una teoría psicopatológica e incluso una cosmovisión particular, conjunto que posee un potencial de sistematización racional y coherente, acorde con otras

perspectivas psicológicas científicas, como se ha venido mostrando desde hace ya muchos años (véase, por ejemplo, Rapaport, 1960).

El debate sobre la naturaleza científica del psicoanálisis se ha llevado en ocasiones a otro plano, insistiéndose en que, si acaso, el psicoanálisis proporciona una comprensión fenomenológica de los actos conductuales, particularmente cuando se implican las tendencias sexuales, y una retrodicción oportunista que no aporta nada nuevo. Sin embargo, aunque realmente el psicoanálisis no se vale de explicaciones de tipo fisicalista (causa-efecto, con un carácter cerrado y preciso), se atiene sin duda a un modelo explicativo científico, el de cobertura legal, valiéndose bien de la llamada interpretación-lectura, bien de la interpretación-explicación (Klimovsky, 1986), que toman su genuino valor desde lo histórico y lo hermenéutico, yendo más allá de lo estrictamente descriptivo, procurando la reconstrucción de ciertos hechos y la captación del sentido profundo de los deseos pulsionales, a la luz de sus determinantes inconscientes. Así, el psicoanálisis supera la comprensión fenomenológica o empática, puesto que ésta se detiene en los límites de lo consciente; además, la fenomenología no incluye los factores energéticos (físicos), a diferencia del psicoanálisis que supera incluso la tradicional dicotomía explicación-comprensión, o, dicho de otro modo, el dualismo cuerpo-mente, a la luz de la metapsicología, ya que ésta contempla la transformación de lo energético (la pulsión como entidad física) en elementos mentales (el deseo psicológico), lo que aboca tanto en una explicación como en una comprensión idóneas para la conducta

humana, conjunto que acoge la reconstrucción y la interpretación. Éstas, con su doble posibilidad explicativa y comprensiva, permiten lógicamente una serie de pronósticos y retrodicciones, susceptibles de contras-tación.

Respecto a las cuestiones metodológicas, el psicoanálisis también ha sido muy criticado negativamente, señalándose que su método de investigación (coincidente enteramente con la técnica terapéutica) no se atiene al llamado marco científico, por su carácter privado, por la carencia de controles y por la imposibilidad de replicaciones, además de por estar construido con reglas e instrumentos que los psicoanalistas emplean para sugestionar y encontrar lo que sus interesadas y adoctrinadas desean. Los que mantienen estas opiniones parece que dan a entender que, en psicología, existe «un» método científico, el experimental, absolutamente objetivo, público y con posibilidad de control de todas las variables en juego, practicado por seres especiales, que sólo se guían por objetivos puros, propios de unos científicos angelicales (que por definición están fuera del psicoanálisis). Naturalmente, así planteado, sólo éstos tienen acceso al conocimiento científico, mientras que los que se valen de cualquier otro instrumento metodológico, sobre todo de la técnica psicoanalítica, alcanzan exclusivamente un conjunto de generalidades pseudocientíficas, que, si acaso, pueden pasar a formar parte de la cultura del pueblo, como una especie de conjunto de creencias religiosas sustitutivas para los que necesitan tener una fe o una devoción por algo.

Al contrario de los que así piensan, y según nuestra opinión, la metodología

psicoanalítica no es un ritual manejado por magos o farsantes, ni un arte o una mera práctica para influir interesadamente en la conducta de los otros, sino un procedimiento técnico marcado por unas condiciones, unas normas, unas reglas, unos instrumentos y unos objetivos concretos, que ponen en marcha un proceso con unos contenidos previstos, sobre los que es posible intervenir (terapéuticamente cuando ello es el compromiso previo entre los participantes), además de permitir el acceso a un saber psicológico de carácter científico, susceptible de probarse con las oportunas contrastaciones y replicaciones, partiendo ya de pronósticos, ya de retrodicciones. El método psicoanalítico, es cierto, tiene determinadas peculiaridades y limitaciones, como son la práctica imposibilidad de operativizar y cuantificar sus hallazgos, la dificultad para controlar las variables en juego, la naturaleza subjetiva de la interpretación, su más importante instrumento de trabajo, y otras. Para obviar parte de esto, se exige que el método psicoanalítico sea empleado por expertos (no por adoctrinados), que, tras larga y compleja preparación, pueden utilizarlo productivamente, dentro de un estricto marco ético, en las condiciones que prescriben sus supuestos. De esta forma, el psicoanálisis puede, y de hecho así acontece, llegar a alcanzar un conjunto de conocimientos sistematizables, con todas las provisionalidades y debilidades que se quiera, como es propio de cualquier ciencia, al fin y a la postre un producto humano.

En lo que toca a las críticas que apuntan al valor terapéutico del psicoanálisis, las cosas no están tan claras como

sus detractores han afirmado o afirman. Ello puede inferirse de los siguientes datos, donde se ve que el tema ha interesado vivamente en el seno de la comunidad psicoanalítica, al contrario de lo que algunos han expresado.

Ya en la década de los veinte, Fenichel (1930) trató de llevar a cabo una evaluación estadística de la eficacia del psicoanálisis como intervención terapéutica. Una tentativa análoga se realizó por parte de la Sociedad Británica de Psicoanálisis, cuyos resultados se publicaron en 1940 bajo el título *Una investigación sobre la técnica psicoanalítica*, formando parte de la obra de E. Glover *Técnica del psicoanálisis* de 1955, a lo que siguió la concienzuda tarea emprendida por la Fundación Menninger. En todo caso, como opina Malan (1973), los trabajos anteriores a 1955, por parte de psicoanalistas o de investigadores ajenos a él, son pobres y confusos, lo que alcanzó su punto culminante con el artículo de Eysenck de 1952. Esta investigación, si bien careció de profundidad y consistencia, sirvió de provocación para atraer la atención sobre el tema. En tal sentido, el planteamiento de la Fundación Menninger puso el acento en un punto que hasta entonces había sido dejado de lado, enfocando los cambios que acontecían en los procesos mentales de los sujetos implicados en la terapia, yendo por tanto más allá de los meros resultados. Las investigaciones al uso, como la del citado Eysenck, se habían concentrado en la consideración de los aparentes resultados finales de aspectos más o menos concretos («outcome studies»), sin plantearse nada sobre los cambios que podían haber tenido lugar en los procesos mentales de los analizados («process

studies»), objetivo que fue prioritario entre los investigadores de la citada Fundación Menninger, sin abandonar por ello el tema de los resultados.

La primera referencia oficial del Proyecto Menninger se la debemos a Robbins, Wallerstein, Sargent y Luborsky (1956), pudiendo seguirse su desarrollo en los artículos de Sargent (1961), Sargent y otros (1958, 1967, 1968), Wallerstein (1960, 1963, 1989), Wallerstein y Robbins (1958), Wallerstein y otros (1968), Kernberg y otros (1972) y Horwitz (1974). Esta extensa serie de publicaciones dan cuenta del interés que los psicoanalistas han tenido por verificar el valor terapéutico de su intervención.

Otro estudio reciente que ha validado la terapia analítica es el que efectuaron Hermann y Haynal (1987), en el que se precisa que los sujetos que han sido sometidos a psicoterapias analíticas utilizan bastante menos medicación psicotrópica y usan las instituciones psiquiátricas significativamente por debajo de los que no han recibido tal intervención.

En la década de los sesenta y de los setenta (Malan, 1973; 1976; Malan y otros, 1968; 1975; Sifneos, 1965, 1968a, 1968b, 1987), también se han llevado a cabo una serie de investigaciones para contrastar la eficacia en el campo de las neurosis de terapias directamente derivadas del psicoanálisis, como es el caso de las psicoterapias dinámicas breves. En estos estudios incluso se han utilizado los deseables grupos de control, además de los valiosos modelos predictivos, mostrándose la indudable acción positiva de estas intervenciones terapéuticas, además de fijar las presuntas curas espontáneas en una cifra mucho menor que la que Eysenck encontró, poniéndose en relación con cambios ocurri-

dos en la vida de los sujetos, por lo que la presunta espontaneidad queda malparada, lo que hace perder mucho peso a las críticas de aquél.

El saber psicoanalítico, ciencia histórico-hermenéutica

La teoría y la práctica psicoanalíticas están básicamente interesadas en la consideración del conflicto intrapsíquico inconsciente. Éste se constituye por dos tipos fundamentales de ingredientes: los dados por ciertos eventos biográficos de los primeros años de la vida del sujeto y los conformados por los avatares de los deseos pulsionales que emergieron desde el inconsciente en esas interacciones. Este conjunto es elaborado de una u otra manera dentro del aparato psíquico, dejando en la esfera del inconsciente las temáticas pulsionales rechazadas, desplazando su energía hacia la organización de los productos caracteriales y conductuales, ya normales, ya patológicos, transacciones que permiten el logro de un mayor o menor equilibrio subjetivo y un ajuste externo mejor o peor.

El psicoanalista, por tanto, no sólo está preocupado por la interacción que tuvo lugar entre el sujeto y sus padres (u otras figuras significativas) en la infancia o en eventos puntuales que pudieran haberlo traumatizado psíquicamente, sino particularmente por los deseos y fantasías que en tales circunstancias pudieron movilizarse y entraron en conflicto con los controles normativos superyoicos (en gran parte procedentes del entorno cultural), y, especialmente el significado de todo ello en función de los determinantes inconscientes. En el encuentro psicoanalítico, el analizado produce una serie de conte-

nidos (pensamientos, deseos, afectos, lapsus, sueños, actos motores, etc.) y relata una gran variedad de hechos y de conductas que lo problematizan y cuyo último origen desconoce. Estos elementos manifiestos interesan en tanto puedan servir para reconstruir el pasado y sean susceptibles de una interpretación profunda a partir de las fallas del discurso y de la aparición de los fenómenos transferenciales. Pues bien, cuando el psicoanalista se compromete en la tarea de la reconstrucción del pasado biográfico y de las fantasías que estuvieron presentes, está poniendo en primer plano su vocación de historiador, mientras que se convierte en hermenauta cuando interpreta los deseos en juego a la luz de la teoría del inconsciente en el marco de la metapsicología.

Concentrándonos aquí en el psicoanálisis como ciencia histórica, Gibson (1959) nos dice que ser historiador es, sencillamente, interesarse por lo que sucedió en el pasado. Y, en tal sentido, añadimos nosotros, el psicoanalista lo es, pues concentra parte de su trabajo en los eventos biográficos del pasado del analizado, trató de entresacar los hechos más sobresalientes y significativos, para determinar así una porción de los ingredientes de los conflictos inconscientes del mismo, aunque teniendo siempre presente que no es en el contenido estricto de la palabra donde están las claves, sino en las lagunas y fallas de su discurso y en los fenómenos transferenciales, pues en ellos es donde mejor se manifiesta lo inconsciente repudiado. En su tarea, tanto historiador como psicoanalista, tratan de encontrar el mayor número de pistas y de datos, para, con el máximo rigor ético y científico, intentar explicar y comprender las porciones más significativas de lo que aconteció en tiem-

pos pretéritos, bajo la perspectiva de sus correspondientes teorías: en ambos casos la explicación es de naturaleza histórica, dado que apunta más a motivos, razones, creencias, actitudes e intereses que a causas de naturaleza fisicalista.

Si profundizamos algo más en el examen de las peculiaridades de los estudios históricos, aún se evidencia más las similitudes existentes entre el historiador y el psicoanalista. Por ejemplo, en la investigación histórica destacan dos cuestiones centrales: ¿qué ocurrió? y ¿por qué ocurrió? La respuesta a la primera pregunta nos enfrenta a la reconstrucción histórica, que en ocasiones puede ser conjeturada o hipotetizada, cosa que es lícito denominar retrodicción. La respuesta a la segunda de las cuestiones generales nos conduce a una explicación histórica, que no debe identificarse con la explicación estrictamente causal (por muchas semejanzas formales y lógicas que ambas posean) ni con la comprensión dinámica que ocasiona la interpretación.

Cuando la reconstrucción y la explicación históricas son genuinas exigen imprescindiblemente de un soporte legal, un cuerpo compuesto por una serie de principios, generales y particulares, bien establecidos. Es bien cierto, sin embargo, que en los hechos históricos y en la conducta humana se da una circunstancia no buscada por sus estudiosos: la irrepetibilidad. Esto torna muy dificultosa la contrastación del cuerpo legal de la historia y de la psicología (y en concreto del enfoque psicoanalítico). Es verdad que el psicoanalista tiene en este asunto ciertas ventajas sobre el historiador, como es la posibilidad de comprobar más directamente sus conjeturas, por ser más factible conectarlas con eventos

observables en el aquí y ahora del proceso analítico, siempre que se admita como real lo transferencial. Pero también cuenta con limitaciones que debilitan su discurso científico: así, dado que el psicoanalista trabaja con hipótesis-dichas, declarando a su analizado la reconstrucción histórica, la explicación histórica o la comprensión dinámica que mejor cree que se atienen a los datos registrados, puede alterar la evolución espontánea de los hallazgos que pudieran confirmar o refutar tales conjeturas, siendo posible que el sujeto que las escucha se oponga aun siendo certeras, o las acepte incluso siendo incorrectas, por la intervención de factores afectivos y cognitivos que lo mediatizan en uno u otro sentido. Sin duda, esto es una limitación epistemológica seria, que sólo puede obviarse parcialmente cuando la experiencia muestra, en muchos casos o reiteradamente en un mismo sujeto, la validez de las conjeturas que se han manejado.

Historiador y psicoanalista, por otro lado, se valen de una variedad de vestigios para alcanzar sus objetivos científicos: sin tales vestigios, representantes actuales del pasado, que en todo caso han de ser reconstruidos, explicados e interpretados a la luz de unos presupuestos teóricos, la tarea histórica es inviable. La operatividad de esta labor se torna mayor, además, en tanto exista una evidencia acumulativa, que puede referirse tanto al caso individual como al conjunto de objetos o sujetos que comparten las mismas características. Por este camino se facilita el acceso a un escalón superior de la ciencia, lo nomotético, superándose lo idiográfico. El hallazgo, la descripción, la explicación y la comprensión dinámica de los vestigios se realiza, inevitablemente, en el contexto

de una teoría determinada. Y, paralelamente, tales vestigios confirman los supuestos teóricos; debilidad epistemológica propia de las estrategias inductivas, de alguna manera presentes en la historia y en el psicoanálisis. Igualmente es cierto, desde luego, que una y otra pueden trabajar al modo deductivo, en cuyo instante se sitúan en un nivel epistemológico de mayor calidad. Ahora bien, debe tenerse muy presente que, tanto en la historia como en el psicoanálisis (y añadiríamos en toda psicología humana), cualquiera que sea la estrategia investigadora (inductiva o deductiva), las validaciones de conceptos, hipótesis o principios (generales y particulares) tienen un carácter abierto y probabilístico, como corresponde a los eventos en que participa el hombre, dado que sus actos se ponen en marcha y se sostienen por deseos, propósitos, intereses, actitudes y otros elementos psicológicos conscientes o inconscientes, y no por causas físicas, que son las que ocasionan una determinación más cerrada, más predecible.

En cuanto a lo hermenéutico, Ricoeur (1965, 1969) ha llevado a cabo un trabajo lúcido, riguroso y honesto para fundamentar epistemológicamente el psicoanálisis; contrastando el valor del discurso freudiano en tal marco (Suárez, 1975). En efecto, para Ricoeur el problema epistemológico central del psicoanálisis freudiano se sitúa en el hecho de que supera lo energético (y lo histórico, añadimos nosotros) por medio de lo hermenéutico, gracias a lo que lo físico se abre a lo psicológico humano: los escritos de Freud, dice Ricoeur, se presentan a la primera mirada como un discurso mixto, incluso ambiguo, que lo mismo enuncia conflictos de fuerzas (que serían competencia de una energética),

que describe relaciones de sentido (que corresponderían a una hermenéutica). Este hecho constituye, justamente, la razón de ser del psicoanálisis, en donde la energética «pasa» por una hermenéutica y ésta describe una energética.

Pero, ¿cómo es posible ligar la explicación económica a la de tipo hermenéutica, a la interpretación de significados, a la comprensión dinámica? Para Ricoeur el freudismo existe justamente porque supera este dilema, yendo más allá de lo que aporta la fenomenología: gracias al modelo metapsicológico, la comprensión dinámica puede organizarse por encima de la explicación económica (y, a nuestro entender, de la explicación estrictamente histórica). En efecto, el aparato mental, en base a sus características estructurales, económicas, dinámicas y genéticas permite saltar por encima del dualismo mente-cuerpo inserto en la dicotomía implícita entre explicación fiscalista y comprensión dinámica, dado que tal aparato es descrito como un escenario donde la pulsión fisiológica se transforma en representación psíquica (fantasía, deseo), esto es, en un elemento psíquico portador de un significado o sentido, cuya última raíz es de naturaleza inconsciente.

Por otro lado, en tanto disciplina hermenéutica, el psicoanálisis está por encima del terreno de los hechos manifiestos, incluso de lo meramente histórico, extrañándose si se pretende una validación de sus presupuestos y hallazgos con el metro empírico o con el fenomenológico. No quiere ello decir que el psicoanálisis se oponga a ser tratado objetivamente en determinados aspectos de su teoría y de su quehacer, pero, como ha escrito el citado Ricoeur (1965), no es lo mismo prestarse a una valoración

empírica que hacer posible la contrastación de una interpretación que se centra en la semántica del deseo: en este caso, las conjeturas psicoanalíticas han de considerarse bajo la condición de una probabilidad semántica del deseo, lo que no es igual que la probabilidad de un hecho observable por los órganos de los sentidos.

Tal planteamiento ha llevado a algunos a mantener que, al fin y a la postre, el soporte epistemológico del psicoanálisis es semejante al de la fenomenología, de modo que ambos enfoques serían similares. Esto es un error, pues aunque psicoanálisis y fenomenología tengan algunos puntos comunes (como el acto filosófico de la reducción, las implicaciones de los aspectos dialécticos del lenguaje, la intersubjetividad que ambos comportan y los componentes históricos que a los dos interesan), la fenomenología es esencialmente una disciplina reflexiva, mientras que el psicoanálisis no lo es (si acaso, autorreflexiva), de tal manera que el desplazamiento metodológico que el psicoanálisis efectúa difiere bastante de la estricta reducción fenomenológica; además, aquél persigue asir con la interpretación el significado inconsciente del acto conductual, a diferencia de la fenomenología que se detiene en la comprensión vivencial, que nunca va más allá de la esfera de lo consciente. Psicoanálisis y fenomenología, ciertamente, son dos quehaceres hermenéuticos, pero con planteamientos, compromisos y metodologías bien distintos.

Habermas (1969), nos dice al respecto que el psicoanálisis se presenta aparentemente como una hermenéutica que se atiene al modelo filológico que utiliza el fenomenólogo, pero si se mira atentamente el trabajo interpretativo del analista se

distingue bastante del que efectúa el fenomenólogo, no sólo por su particular objeto de interés, sino especialmente porque tiene muy en cuenta una dimensión ignorada por aquél, tratando de ir más allá del recuerdo manifiesto asentado en la consciencia, que es donde se detiene el fenomenólogo. El psicoanálisis, sigue diciendo Habermas, se consolida como una tecnología particular porque Freud capta, en las acciones y expresiones aparentemente discordantes de la persona, una intención, un sentido, un significado, cuyo origen se hunde en el inconsciente: la interpretación analítica se ocupa, así, de aquellos contenidos deformados, alterados y mutilados a través de los que el sujeto se engaña a sí mismo, con lo que la hermenéutica filológica de Dilthey se transforma en el psicoanálisis en una hermenéutica de lo profundo. La hermenéutica psicoanalítica, además, no tiene como objetivo la comprensión de contextos simbólicos en general, como ocurre con las tradicionales ciencias del espíritu, sino que su meta principal está en conseguir en el analizado la autocomprensión saturada de afectividad («insight»): no basta, e incluso desde el punto de vista terapéutico es inútil, que el psicoanalista proponga un significado del acto o contenido mental y que el analizado lo acepte intelectualmente, sino que es imprescindible que éste, superando las barreras de las defensas/resistencias, tenga ocasión de experimentar el «¡ah!» afectivo que indica que el yo ha alcanzado la total comunicación con los contenidos psíquicos antes inaccesibles. Por otra parte, el psicoanálisis necesita de un complejo proceso de translaboración o reelaboración, por medio del cual superar las defensas/resistencias cardinales, única vía que permite asumir los contenidos mentales rehu-

sados (reprimidos, rechazados, etc.): el psicoanálisis no persigue, pues, un mero análisis seguido de una síntesis, sino lo que Habermas (1969) bautizó como autorreflexión y Lorenzer (1972) como tarea crítico-hermenéutica, que en lenguaje psicoanalítico sería hacer consciente lo inconsciente, pasar lo que está regido por el proceso primario al proceso secundario, transformar el dominio del ello en dominio del yo o hacer simbólico lo imaginario, conectando lo manifiesto, por medio de la interpretación y los subsiguientes «insights», con los oportunos elementos inconscientes (Fornari, 1977), esto es, cambiando lo ignoto en conocido y lo ingobernable en controlable.

En resumen, pues, y a nuestro modo de ver, seguir hoy insistiendo con los argumentos positivistas (cualquiera que sea su signo) en la evaluación del saber psicoanalítico es muestra de cerrazón intelectual, dogmatismo cientifista o desprecio a la actual filosofía de las ciencias, lo que, sin duda, puede ser respetado, pero no compartido.

Referencias

- BUNGE, M. (1969). *La investigación científica*. Barcelona: Ariel, 1983.
- BUNGE, M. (1980). *Epistemología*. Barcelona: Ariel.
- BUNGE, M. (1985a). *Racionalidad y realismo*. Madrid: Alianza.
- BUNGE, M. (1985b). *Seudociencia e ideología*. Madrid: Alianza.
- CAPARROS, A. (1979). *Introducción histórica a la psicología*. Barcelona: Rol.
- CAPARROS, A. (1982). Psicología diferencial, ¿ciencia o tecnología?, *Estudios de Psicología*, 9, 16-23.
- CAPARROS, A. (1984). *La psicología y sus perfiles. Introducción a la cultura psicológica*. Barcelona: Barcanova.
- CASTILLA DEL PINO, C. (1977). Criterios de científicidad en psico(pato)logía, *XIV Congreso Nacional de la Asociación Española de Neuro-psiquiatría*, 11-28.
- CHACON, P. (1992a). ¿Psicoanálisis en la Universidad? En B. Moreno-Mitjana, A. Avila y A. Sánchez-Barranco (comps.), *Psicoanálisis, psicoterapia psicoanalítica y marco universitario: una aproximación docente*. Málaga: Miguel Gómez Ediciones, 23-27.
- CHACON, P. (1992b). El problema del saber y su transmisión en psicoanálisis. En B. Moreno-Mitjana, A. Avila y A. Sánchez-Barranco (comps.), *Psicoanálisis, psicoterapia psicoanalítica y marco universitario: una aproximación docente*. Málaga: Miguel Gómez Ediciones, 61-69.
- CIOFFI, F. (1970). Freud y la idea de pseudociencia. En R. Borger y F. Cioffi (eds.), *La explicación en las ciencias de la conducta*. Madrid: Alianza, 1982, 327-378.
- CODERCH, J. (1988). El desafío científico al psicoanálisis. En J. Poch, *Psicología dinámica*. Barcelona: Herder, 13-47.
- CRUZ ROCHE, R. (1991). *Psicoanálisis. Reflexiones epistemológicas*. Madrid: Instituto de España/Espasa-Calpe.
- ESCHENRÖDER, C. T. (1984). *En qué se equivocó Freud*. Barcelona: Herder, 1987.
- EYSENCK, H. J. (1952). The Effects of Psychotherapy: An Evaluation, *Journal of Consulting Psychology*, XVI, 5, 319-324.
- EYSENCK, H. J. (1953). ¿Qué ocurre con el psicoanálisis? En *Usos y abusos de*

- la psicología. Madrid: Biblioteca Nueva, 1957, 226-290.
- EYSENCK, H. J. (1988). *Decadencia y caída del imperio freudiano*. Barcelona: Nuevo Arte Thor, 1988.
- EYSENCK, H. J. y WILSON, G. D. (1973). *Estudio experimental de las teorías freudianas*. Madrid: Alianza, 1980.
- FENICHEL, O. (1930). Statistischer Bericht über die Therapeutische Tätigkeit, 1920-1930. En *Zehn Jahre Berliner Psychoanalytisches*. Viena: Verlag.
- FEYERABEND, P. K. (1962). Explanation, Reduction, and Empiricism, en Scientific Explanation, Space, and Time. En H. Feigl y G. Maxwell (eds.), *Minneapolis Studies in the Philosophy of Science, III*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 28-97.
- FEYERABEND, P. K. (1975). *Tratado contra el método*. Madrid: Tecnos, 1981.
- FEYERABEND, P. K. (1981). *Adiós a la razón*. Madrid: Tecnos, 1984.
- FORNARI, F. (1977). Teoría semiótica de la interpretación psicoanalítica. En L. Grinberg (comp.), *Prácticas psicoanalíticas comparadas en las neurosis*. Buenos Aires: Amorrortu, 46-47.
- FREUD, S. (1937). Análisis terminable e interminable, *Obras Completas, XXIII*. Buenos Aires: Amorrortu, 1979, 219-234.
- GIBSON, Q. (1959). *La lógica de la investigación social*. Madrid: Tecnos, 1982.
- GUTIERREZ TERRAZAS, J. (1988). *Psicología dinámica o psicoanálisis. Concepto, fundamento epistemológico y actualidad*. Barcelona: Hogar del Libro.
- HABERMAS, J. (1969). *Conocimiento e interés*. Madrid: Tecnos, 1982.
- HERMANN, P. y HAYNAL, A. (1987). L'évaluation des effects des psychotherapies. En *Encyclopédie Médico-Chirurgicale, Psychiatrie*, 37802 A10, 7 págs.
- HORWITZ, L. (1974). *Clinical Prediction in Psychotherapy*. Nueva York: J. Aronson.
- KERNBERG, O.; BURSTEIN, C. S.; COYNE, R.; APPELBAUM, D. A.; HORVITZ, H. y VOTH, T. J. (1972). Psychotherapy and Psychoanalysis. Final Report of the Menninger Foundation's Psychotherapy Research Project, *Bulletin of Menninger Clinic*, 36, 1-2, 1-198.
- KLIMOVSKY, G. (1986). Aspectos epistemológicos de la interpretación psicoanalítica. En R. H. Etchegoyen, *Los fundamentos de la técnica psicoanalítica*. Buenos Aires: Amorrortu, 433-456.
- KOLTENIUK, M. (1976). *En torno al carácter científico del psicoanálisis*. México: Fondo de Cultura Económica.
- LACAN, J. (1964). *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. El Seminario de Jacques Lacan, 11*. Buenos Aires: Paidós, 1987.
- LAKATOS, I. (1974). Falsification and the Methodology of Research Programmes. En I. Lakatos y A. Musgrave (eds.), *Criticism and Growth of Knowledge*. Cambridge: Cambridge University Press, 91-196.
- LAPLANCHE, J. (1967). La defensa y lo prohibido en la cura y la condición psicoanalítica del hombre. En *Interpretar (con) Freud y otros ensayos*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1978, 7-20.
- LAPLANCHE, J. (1970). Derivación de las entidades psicoanalíticas. En *Interpretar (con) Freud y otros ensayos*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1978, 79-96.
- LEVENSON, E. A. (1972). *Réquiem por el psicoanálisis*. Barcelona: Kairós, 1974.
- LORENZER, A. (1970). *El lenguaje destruido y la reconstrucción psicoanalítica*. Buenos Aires: Amorrortu, 1977.

- LORENZER, A. (1972). *Bases para una teoría de la socialización*. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- MALAN, D. H. (1973). The Outcome Problem in Psychotherapy Research. An Historical Review, *Archives General of Psychiatry*, 29, 719-729.
- MALAN, D. H. (1976). *Toward the Validation of Dynamic Psychotherapy*. Nueva York: Plenum Press.
- MALAN, D. H.; BACAL, H. A.; HEATH, E. S. y BALFOUR, F. A. (1968). A Study of Psychodynamic Changes in Untreated Neurotic Patients. I. Improvements that are Questionable on Dynamic Criterion, *Britain Journal of Psychiatry*, 114, 526-551.
- MALAN, D. H.; HEATH, E. S.; BACAL, I. y BALFOUR, H. G. (1975). Psychodynamic Changes Untreated Neurotic Patients. II. Apparently Genuine Improvements, *Archives General of Psychiatry*, 32, 110-127.
- MANNONI, O. (1971). *Sigmund Freud in Selbstzeugnissen und Bilddokumenten*. Reinbeck: Rowahlt.
- MORENO-MITJANA, B. (1992). Presentación de la I Jornada Universitaria de Psicología Dinámica. En B. Moreno-Mitjana, A. Avila y A. Sánchez-Barranco (comps.), *Psicoanálisis, psicoterapia psicoanalítica y marco universitario: una aproximación docente*. Málaga: Miguel Gómez Ediciones, 13-15.
- NAGEL, E. (1959). Methodological Issues in Psychoanalytic Theory. En S. Hook (dir.), *Psychoanalytic, Scientific Method and Philosophy*. Nueva York: International University Press, 38-56.
- PETERFREUND, E. (1975). The Need for a New Theoretical Frame of Reference for Psychoanalysis, *Psychoanalytic Quarterly*, 44, 534-549.
- PETERFREUND, E. y SCHWARTZ, J. T. (1971). *Información, sistemas y psicoanálisis*. México: Siglo XXI, 1976.
- POCH, J.; TALARN, A.; CASTILLO, J. A. y MAESTRE, F. J. (1991). *Aproximaciones conceptuales en psicología y psicoterapia*. Barcelona: Hogar del Libro.
- POPPER, K. R. (1935). *La lógica de la investigación científica*. Madrid: Tecnos, 1982.
- POPPER, K. R. (1963). *Conjeturas y refutaciones. El desarrollo del conocimiento científico*. Madrid: Paidós, 1983.
- POPPER, K. R. (1982). *Sociedad abierta, universo abierto*. Madrid: Tecnos, 1984.
- RAPAPORT, D. (1960). *La estructura de la teoría psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós, 1971.
- RICOEUR, P. (1965). *Freud: una interpretación de la cultura*. México: Siglo XXI, 1975.
- RICOEUR, P. (1969). *Hermenéutica y psicoanálisis*. Buenos Aires: La Aurora, 1979.
- ROBBINS, L. L.; WALLERSTEIN, R. S.; SARGENT H. D. y LUBORSKY, L. (1956). The Psychotherapy Research Project of the Menninger Foundation, *Bulletin of Menninger Clinic*, 20, 221-278.
- SANCHEZ-BARRANCO, A. (1986a). *La condición científica del psicoanálisis. Consideraciones epistemológicas*. Sevilla: Universidad de Sevilla.
- SANCHEZ-BARRANCO, A. (1986b). El psicoanálisis, una ciencia hermenéutica. En *La psicología hoy. De la teoría a la intervención*. Sevilla: Universidad Nacional de Educación a Distancia, monografía 0, 9-27.
- SANCHEZ-BARRANCO, A. (1988). *Historia y fundamentos (conceptuales y epistemológicos) de la técnica psicoanalítica*. Sevilla: Departamento de

- Psicología Evolutiva y de la Educación, Básica y Metodología, Universidad de Sevilla.
- SANCHEZ-BARRANCO, A. (1991a). *Historia de la psicología*. Sevilla: Científico-Técnica.
- SANCHEZ-BARRANCO, A. (1991b). *Trastorno mental e intervención: enfoque psicoanalítico*. Barcelona: Hogar del Libro.
- SANCHEZ-BARRANCO, A. (1991c). Naturaleza histórico-hermenéutica del saber psicoanalítico, *Revista de Historia de la Psicología*, 3-4, 351-355.
- SANCHEZ SANCHEZ, T. (1991). *Psicoanálisis: Evaluación epistemológica y modelos de validación empírica*. Salamanca: Publicaciones Universidad Pontificia de Salamanca y Caja de Salamanca y Soria.
- SARGENT, H. D. (1961). Intrapsychic Change: Methodological Problem in Psychotherapy Research, *Psychiatric*, 24, 93-108.
- SARGENT, H. D.; MODLIN, H. C.; FARIS, M. T. y VOTH, H. M. (1958). The Psychotherapy Research Project of the Menninger Foundation. Second Report: III. Situation Variables, *Bulletin of Menninger Clinic*, 22, 148-165.
- SARGENT, H. D.; COYNE, L.; WALLERSTEIN, R. S. y HOLTZMANN, W. H. (1967). An Approach to the Quantitative Problems of Psychoanalytic Research, *Journal of Clinical Psychology*, 23, 243-291.
- SARGENT, H. D.; HORWITZ, L.; WALLERSTEIN, R. S. y APPELBAUM, A. (1968). Prediction in Psychotherapy Research: A Method for the Transformation of Clinical Judgements into Testable Hypotheses, *Psychological Issues*, vol. 6, 1, monog. 21. Nueva York: International University Press.
- SIFNEOS, P. E. (1965). Two Different Kinds of Psychotherapy of Short Duration, *American Journal of Psychiatry*, 123, 10-69.
- SIFNEOS, P. E. (1968a). The Motivational Process: A Selection and Prognostic Criterion for Psychotherapy of Short Duration, *Psychiatry Quarterly*, 42, 271-279.
- SIFNEOS, P. E. (1968b). Learning to Solve Emotional Problems: A Controlled Study of Short-Term Anxiety Provoking Psychotherapy. En R. Porter (comp.), *The Role of Learning in Psychotherapy*. Londres: J. and A. Churchill.
- SIFNEOS, P. E. (1987). *Short-Term Dynamic Psychotherapy. Evaluation and Technique*, 2^a ed. Nueva York: Plenum Press.
- SKINNER, B. F. (1956). Critique of Psychoanalytic Concepts and Theories. En *Minnesota Studies in the Philosophy of Science*, I, Minneapolis: University of Minnesota Press, 77-87.
- SUAREZ, A. (1975). Nota preliminar. En P. Ricoeur, *Freud: una interpretación de la cultura*. México: Siglo XXI, IX-XI.
- VAN RILLAER, J. (1980). *Las ilusiones del psicoanálisis*. Barcelona: Ariel, 1985.
- WALLERSTEIN, R. S. (1960). The Psychotherapy Research Project of the Menninger Foundation. Third Report: I. Helen D. Sargent and the Psychotherapy Research Project, *Bulletin of Menninger Clinic*, 24, 159-163.
- WALLERSTEIN, R. S. (1963). The Problem of Assessment of Change in

- Psychotherapy, *International Journal of Psychoanalysis*, 44, 31-41.
- WALLERSTEIN, R. S. (1989). *Los tratamientos psicoanalíticos: una perspectiva histórica*. Barcelona: Hogar del Libro, 1992.
- WALLERSTEIN, R. S. y ROBBINS, L. L. (1958). The Psychotherapy Research Project of the Menninger Foundation: I. Further Notes on Design and Concepts, *Bulletin of Menninger Clinic*, 22, 117-125.
- WALLERSTEIN, R. S.; ROBBINS, L. L.; SARGENT, H. D. y LOBORSKY, L. (1968). The Psychotherapy Research Project of the Menninger Foundation: A Semifinal View. En J. M. Shlien (ed.), *Research in Psychotherapy*. Washington, D. C.: American Psychological Association, 548-605.